

EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

Año I.

Sábado 3 Febrero 1906.

Núm. 5.

Catequística.

PREGUNTA. *¿Qué quiere decir Cristiano?*

RESPUESTA. *Hombre que tiene la Fe de Cristo que profesó en el Bautismo (1).*

Dime.—¿Qué quiere decir ser cristiano?—

Resp'd.—Ser cristiano quiere decir profesar la fe y la ley de Jesucristo.—

D.—¿Cómo se hace (el hombre) cristiano?—

R.—Se hace cristiano por medio del santo Bautismo.—

D.—¿Quién es verdadero cristiano?—

R.—Verdadero cristiano es aquel que está bautizado, que cree y profesa la doctrina cristiana, y obedece á los legítimos Pastores de la Iglesia.—

D.—¿Qué cosa es la doctrina cristiana?—

R.—La doctrina cristiana es la doctrina que nos ha enseñado Nuestro Señor Jesucristo para mostrarnos el camino de la salvación.—

La palabra *cristiano*, ó el cualificativo *cristiano*, con que se designa á los que por el santo Bautismo han entrado á formar

(1) Habiendo recibido ya el catecismo prescrito por el actual Pontífice, Pío X, á las diócesis de la Provincia de Roma, después de las preguntas y respuestas del P. Ripalda, (que por las razones aducidas en la *Advertencia* del comienzo de esta sección, nos seguirán sirviendo de texto y norma) pondremos las variantes del texto romano, señalándolas con las iniciales D. y R. que es como se inician en él las preguntas y respuestas y con dos guiones (=) al principio y dos al fin. Así se conocerá fácilmente cuál es lo tomado del Catecismo de Pío X.

parte de la sociedad fundada por Nuestro Señor Jesucristo, son palabra y cualificativo derivados del bendito nombre de *Cristo*. Costumbre era muy generalmente admitida en los antiguos tiempos, y sigue siéndolo en los presentes, el que las naciones, los pueblos, las tribus, y las sociedades de cualquiera clase tomasen el nombre de su primer fundador, ó de su jefe más notable; y que, por igual manera, los individuos fuesen conocidos con el cualificativo con que lo era la sociedad á la cual pertenecían. Así nos lo dice la historia antigua respecto de los tres hijos de Noé, que dieron su nombre á las tres razas en que se dividió en aquel entonces la humanidad toda, y que poblaron la redondez de la tierra: lo vemos más tarde en los israelitas y judíos que toman sus nombres de Israel y de Judá; lo vemos en las doce tribus de este mismo pueblo de Israel; lo vemos en los babilonios, asirios y ninivitas; lo vemos en los fenicios y romanos; lo vemos también en las grandes ciudades de Antioquía, Alejandría, Roma, Barcelona, y otras innumerables. Lo vemos, por fin, hasta en las herejías, en las sectas, en los sistemas filosóficos y científicos y de todos los ramos del humano saber, pues casi siempre son conocidos con el nombre de su jefe ó de su inventor.

¿Qué cosa, pues, más puesta en razón que dar el nombre de cristianos á los que pertenecen al gran pueblo fundado por Jesucristo?

Sin embargo, en los primeros años de la Iglesia no se llamaron *cristianos*, los fieles de Jesucristo.

Unas veces les llamaban *nazarenos*, *fieles*, *creyentes*, *santos elegidos*, *jeseos*, otras, *cristóforos*, *iluminados*, *inteligentes* ó *gnósticos*; y otras, por insulto y por burla, cual lo hacían los tiranos y verdugos de los mártires, les llamaban, *galileos*, *judíos*, *magos*, *encantadores*, *brujos*, *impostores*, y todos los más denigrantes calificativos que se podían encontrar en el bárbaro lenguaje de aquellas sociedades sin corazón.

La gente de estos tiempos también nos condecora con los distintivos de *neos*, *ultramontanos*, *romanos*, *papistas*, *oscurantistas*, *fanáticos*, *beatos*, y por fin, *clericales*, y *reaccionarios*, que es lo que ahora está más de moda.

Dejémosles que desahoguen toda su cultura en esos insultos con que tanto intentan denigrarnos; mas nosotros no nos avergoncemos, como dice San Pedro, de que se nos insulte por ser

cristianos. ¡Bendito sea este santo nombre! ¡Bienaventurados aquellos que sean aborrecidos é insultados, y cuyo nombre sea arrojado como malo por causa del Hijo del Hombre, pues tendrán mucha recompensa en el cielo! (1).

Comenzaron los fieles de Cristo á llamarse *cristianos* en la ciudad de Antioquía, hacia el año 41 del nacimiento del Redentor, según nos lo dice la Sagrada Escritura. Pues se refiere en los *Hechos de los Apóstoles*, que «San Bernabé fué á Tarso en busca de Saulo (San Pablo), al cual, una vez que lo encontró, lo llevó á Antioquía. Y permanecieron un año entero en aquella Iglesia y enseñaron á una grande multitud; por cuya razón fué en Antioquía donde primeramente los discípulos (de los Apóstoles, y por tanto de Jesús), se llamaron *Cristianos*» (2).

Desde entonces acá continuaron y continuarán llamándose *Cristianos* los que pertenecen á la Iglesia de Jesucristo.

Llevan, pues, los Cristianos el nombre de Cristo, porque de Cristo Nuestro Señor, como dice el P. Astete, hubimos este santo nombre.

Nadie con más derecho que Cristo Nuestro Señor puede aspirar á que sus secuaces, y los individuos de la sociedad por El formada sean conocidos con el nombre de su fundador. Pues El fundó una sociedad más perfecta que todas las sociedades humanas; El la regó con su sangre en los orígenes de la existencia de ella, y la riega hoy con los raudales de su gracia; El la rige y la conserva por inefable é invisible modo; El permanece aquí con ella oculto en el Tabernáculo para su consuelo y alimento, y El por fin, no la abandonará jamás hasta verla triunfante y gloriosa en su reino imperecedero.

Luego ser *cristiano* quiere decir lo mismo que ser discípulo de Jesucristo, y reconocerle por absoluto, universal, infalible y divino Maestro; quiere decir lo mismo que ser súbdito de Jesucristo, á quien se le reconoce como Rey y soberano Señor de todo lo existente, pero por modo especialísimo, de los hombres, de los cuales El es el Primogénito, hechos por El á su imagen y semejanza, y redimidos con su propia muerte de la captividad del demonio; quiere decir lo mismo que ser soldados de Cristo, á quien se le reconoce por valeroso é intrépido guerrero, vencedor

(1) Luc., cap. 6, v. 22 y 23.

(2) Capt. 11,º ver. 25 y 26.

del mundo y del infierno, por el modo más admirable que jamás pudieron pensar los grandes capitanes de la tierra, pues es un modo totalmente divino: vence á sus enemigos entregándose por ellos voluntariamente á la más ignominiosa de las muertes, y promete á sus soldados que vencerían al mundo y al demonio por la misma táctica con que lo había vencido El. *Confiad que yo he vencido al mundo* (1), *y todo el que nace de Dios vence al mundo, porque la victoria que vence al mundo es nuestra fe, y nadie puede vencer al mundo á no ser aquel que crea que Jesucristo es Hijo de Dios* (2).

Ser cristiano, por último, quiere decir lo mismo que estar alistado como miembro de la sociedad fundada por Jesucristo nuestro Redentor, y tener un santo orgullo en pertenecer á ella y en confesarlo así á la faz del mundo.

Pero este glorioso nombre de cristiano no sólo sirve para designar á los hombres y á la sociedad, á la cual pertenecen, mas también se extiende á la religión, al culto, á las ceremonias y á los templos; todo lo que tiene alguna relación con Jesucristo lleva el envidiable y santo título de cristiano. Religión cristiana, culto cristiano, ceremonias cristianas, templos cristianos, todo esto lo hermosea y lo diviniza el augusto nombre de Cristo.

Más hay todavía; puesto que Jesucristo es la fuente inagotable de toda verdad, el ejemplar divino de toda belleza, y el insondable océano de todas las perfecciones, lo verdadero, lo bello y lo perfecto en todos los órdenes, á que tienen aplicación sobre la tierra, debieran manar de aquel divino modelo, como de su principal y más legítima fuente. Así fué, en efecto; la Iglesia católica, depositaria de la herencia de Jesucristo, y encargada de iluminar al universo entero con los esplendores de la Cruz, ha difundido la verdad, y con ella el progreso y la civilización; ha sublimado la belleza, y con ella ha espiritualizado y santificado las artes; y ha desparramado la perfección á manos llenas, y con ella lo ha engrandecido todo y como divinizado; y en todo ha puesto el sello y el nombre de Cristo: en los individuos, en las familias, en los pueblos, en las sociedades, en las ciencias, en las artes, en el tiempo y en el espacio, en la materia y en el espíritu. El mundo civilizado, desde Constantino el Magno acá, lleva con todos sus gran-

(1) Joan., 16, 33.

(2) 1.^a Joan., 5, 4 y 5.

des elementos de civilización y progreso el nombre de cristiano, y lo llevará hasta el fin de los tiempos, para ignominia de los malos creyentes y gloria de los discípulos y amantes de Cristo.

(Continuará).



Reflexiones sobre el Evangelio.

Dominica V después de Epifanía.

Propone á nuestra consideración la Iglesia en este día la parábola de la cizaña.

Solía Jesús, nuestro Salvador, valerse de comparaciones familiares y muy conocidas para hacer comprender, aun á los más ignorantes y rudos, las profundas verdades que enseñaba, acomodándose así á este modo de hablar, muy frecuente entre los orientales. Veamos, pues, lo que nos enseña el Señor en la presente parábola.

Compara el reino de los cielos, á un hombre que sembró buen grano en su heredad; mas vino el enemigo, mientras los criados dormían, y sembró cizaña. Luego que los criados lo conocieron, dieron cuenta de ello á su amo, intimándole á que les diese licencia para arrancarla; mas el señor, temeroso de que arrancasen á la vez la buena simiente, no se lo permitió, dejando para el tiempo de la cosecha el hacer la separación de ambas, y arrojar al fuego la cizaña, y el trigo amontonarlo en sus graneros.

El mismo Jesucristo, que descubrió á sus discípulos el sentido de esta parábola, nos dice que este campo es el mundo donde tiene sus hijos el Señor, los cuales están figurados en el buen grano, y en donde el enemigo, ó sea el diablo, tiene también los suyos, los hijos de maldad, representados en la cizaña. Lo cual nos da á entender que siempre en el mundo andarán revueltos malos y buenos. Toca, pues, á éstos vigilar mucho para remover las tentaciones y escándalos de los malos, andando siempre muy sobre sí con gran vigilancia y cuidado. Es necesario que vivamos entre cizaña, pero hemos de procurar no convertirnos en cizaña.

Están figuradas también en el buen grano las inspiraciones divinas contrarias á las sugerencias y tentaciones del demonio.

Contra éstas hemos de estar muy alerta, no sea que mientras durmamos se apoderen de nosotros é intenten subyugarnos. Y esto con mayor razón, por cuanto dichas inspiraciones malas se insinúan en nosotros sin sentir, y á veces con apariencia de bien, y no es fácil sin luz especial de Dios distinguirlas, como no es fácil tampoco distinguir el buen trigo de la cizaña antes de dar su fruto. Por consiguiente, para vencer las tentaciones hemos de juntar con la vigilancia la oración, pidiendo al Señor gracias de ilustración para el entendimiento, y ayuda para la voluntad, cumpliendo de este modo aquel consejo de Jesucristo: «Velad y orad para que no entréis en tentación».

Otras tentaciones hay más peligrosas, que son las tentaciones de impureza. Pérfida semilla que hace grandes estragos en el campo del Señor. Por todas partes nos rodea esta cizaña que el enemigo, con grandes ventajas, va derramando hasta en las tierras vírgenes, corazones inocentes, que suelen dar los primeros frutos revueltos con neguilla y tizón. Para estas tentaciones hay un remedio especial. ¿Queréis saber cuál es?

Cuenta San Bernardino de Sena (1), que tratando esta misma cuestión cuatro de sus monjes, y preguntándose entre sí lo que cada uno de ellos hacía para resistir á las tentaciones de impureza, dijo uno de ellos: «Yo reflexiono sobre la gravedad de la caída, y esto me da fuerzas para resistir». El segundo contestó: «Yo me postro con la cara en tierra é imploro la asistencia divina y la ayuda de la Santísima Virgen». «Pues yo, añadió el tercero, cuando veo venir la tentación, me doy prisa á cerrar las ventanas de mi corazón con piadosos pensamientos, y coloco la imagen de mi Salvador Crucificado delante de la puerta, á modo de centinela. Así, cuando la tentación llama y golpea, la respondo: Fuera, fuera de aquí, que ya no hay lugar para tí: todos los puestos están ocupados». No se atrevió ya á hablar el último, y acordes convinieron en que el tercer medio era el más eficaz de todos.

Contra las tentaciones de impureza, lo mejor es huirlas.

Así venció el casto José las insidias de la mujer de Putifar, huyendo de ella y dejando en sus manos la capa que le cubría. No se detuvo á discutir con ella, pues corría gran riesgo de ser

(1) Sermo de luxur.

vencido. Y así, á imitación suya, no hemos de hablar de estas tentaciones ni con Dios mismo, para que la imaginación no nos las ponga cada vez con más incentivo ante nuestros ojos.

Otro medio hay que añadir á los ya dichos, y es que recurramos también á María Santísima, por ser mucho más fácil adquirir la gracia del vencimiento mediante Aquélla, que es la dispensadora de las gracias que Dios concede á los hombres.

En conclusión: que usando todos estos medios podemos vencer las tentaciones, pues el mismo Señor ha dicho que no permitirá seamos tentados con mayor apretura de la que podamos sostener.

Y entonces, ¿qué se encuentra ya en ellas que pueda sernos motivo de aflicción? Al contrario: las tentaciones nos hacen conocer mejor nuestra debilidad y la necesidad que tenemos de la gracia; nos impelen á que vivamos más desasidos de las cosas de la tierra, y nos hacen crecer en merecimientos, según lo que dijo el ángel á Tobías: *Porque eras acepto á Dios, fué necesario que la tentación te probase.* Es decir, que las tentaciones las guarda Dios para sus almas escogidas, porque así les sirvan de mayor mérito, pues El mismo dijo que no sería coronado sino el que varonilmente pelease.

Hay, sin embargo, almas que se afligen mucho, y apenas tienen algún pensamiento que les tienta cuando ya creen haber cometido el pecado. ¡Por Dios, no cedamos tan pronto el campo al enemigo, que es posible que nuestra poca experiencia nos haga perder la batalla después de haberle derrotado!

Adviertan estas almas, en primer lugar, que pensar no es consentir; pues para esto se requieren tres cosas: 1.^a Materia grave. 2.^a Plena advertencia del entendimiento. 3.^a Plena deliberación de la voluntad.

Segunda advertencia es que, como dice San Francisco de Sales: *Cuando el demonio insiste en llamar á las puertas de vuestro corazón, señal es que aun no ha entrado.* Mientras dura la tentación, hay que seguir peleando con valor.

Finalmente, las personas piadosas y de conciencia delicada que han vivido mucho tiempo sin cometer un pecado mortal, siempre que estén en duda han de juzgar que no han consentido; pues no es posible que monstruo tan horrendo como el pecado,

entre en el alma sin sentir. Por lo demás, aténganse siempre al juicio de su director.

Todos estos medios nos ayudarán á librarnos de la influencia de la mala cizaña, para no tener la triste suerte de ser arrojados al fuego en el día de la siega ó de la consumación del siglo.



Explicación de las Virtudes.

La virtud, después de Dios, es lo más grande en el cielo y en la tierra. Las virtudes son hijas de la gracia y la gracia es..... hija de Dios; por eso dice el Catecismo, cuando define la gracia: «Es un ser divino, etc., etc. La misma Madre de Dios llegó á tan alta dignidad porque estuvo llena de gracia y adornada de todas las virtudes desde el primer instante de su Concepción Inmaculada.

Por eso, para enseñar á los hombres la hermosura y excelencia de la virtud, esa hija de Dios, bajada del cielo, que es quien á los hombres enseña el camino que al cielo conduce, es para lo que aquí trataremos de la virtud.

Cierto que hablaremos de virtudes sin ser virtuosos, mas no sin deseo de serlo, lo cual nos conforta y anima; porque, como dice un sabio: «El buen modo de aprender es el estudiar; el mejor es el oír; y el bonísimo el enseñar»; y San Agustín, abundando en los mismos sentimientos, dice que el oficio de enseñar es fundamento para aprender.

Aprenderemos, enseñando la excelencia y hermosura de la virtud; pues nada hay que pueda compararse á su hermosura y excelencia. Por eso Platón, aunque gentil, se expresa de este modo; «Si se pudiese ver la excelencia y hermosura de la virtud con los ojos corporales, robaría y llevaría tras sí los corazones de los hombres».

Enseñaremos, para aprender, la excelencia de la virtud; lo que es y lo que vale la virtud. Hablaremos de la virtud, porque á ello nos obligan aquellas palabras del Salvador, ejemplar y modelo de todas las virtudes: *Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci ita et vos faciatis*. Predicaremos acerca de la virtud, cumpliendo aquel mandato del Redentor *Euntes docete omnes gentes. Predicate Evangelium omni creaturae*.

Predicaremos, sí; enseñaremos, hablaremos de la virtud *opportune et importune*. Y ¡ay de nosotros si no enseñamos..... Llegará un día en que nos veremos obligados á exclamar: *Vae mihi quia tacui!*

Cumpliremos ese deber sagrado; acudiremos á Dios, pues es misericordioso, pidiéndole se valga de nuestra miseria y pequeñez para hacer que tornen en medio del mundo las virtudes que huyen del mundo; para que brille y resplandezca la hermosura de las virtudes en medio de los hombres; para que los hombres vuelvan á ver á esos hijos de Dios, bajados del cielo, que se han ocultado á sus miradas, cual pudorosa doncella que teme ver ajados su pureza, su hermosura y su candor.

Y lo haremos con tanto más motivo, cuanto que la virtud, á causa de la corrupción que reina en el mundo, parece que huye y trata de esconderse á las miradas del mundo; pero ese mismo mundo tan corrompido, alaba, sin quererlo, la virtud; ensalza, sin darse cuenta, la virtud; aprecia, á pesar suyo, al virtuoso. La virtud siempre es respetable y respetada. Y si alguna vez es despreciado y perseguido el virtuoso, no es la causa su virtud, sino la vergüenza y rubor que siente el perseguidor, al ver en sí la fealdad del pecado, la perversidad de sus costumbres, la maldad de su vida. La hermosura de la virtud le agrada, la belleza de la virtud le atrae. Y es que nuestra alma es naturalmente cristiana, como dice Tertuliano; es que la virtud es connatural al hombre, nació con el hombre, á menos que admitamos el absurdo de que Dios crió imperfecto al hombre.

Todo nos convida á pensar, á querer y hablar de la virtud. Su hermosura..... ¿Queréis apreciar de algún modo la hermosura de la virtud? Pues fijad vuestra mirada en la fealdad del pecado. Su excelencia..... ¿Queréis saber dónde llega? Se identifica con Dios; por eso se dice con mucha verdad de la que es la primera y origen de las demás virtudes: *Deus charitas est*, Dios es caridad ó la caridad es Dios. Su valor é importancia..... ¿Queréis ver lo que vale la virtud? Preguntadlo á vuestra conciencia y os dirá que la satisfacción que sigue siempre á la virtud es tan grande por lo menos como el triste, amargo y atormentador remordimiento que acompaña al crimen. La virtud, en una palabra, es hermosa con hermosura celestial, grande con grandeza divina, tan hermosa y grande como la hermosura y la grandeza de Dios.

No es extraño que uno de esos corazones, amargados por el tedio y la tristeza, que á la postre deja el vicio en pos de sí, exclamara dirigiendo sus lamentos á la virtud, cuyas dulces emociones experimentó algún día: ¿Dónde estás, virtud querida? ¡Vuelve, torna otra vez á dar la vida á este desgraciado! ¡Toma nuevamente posesión de este lacerado corazón!.... ¿Dónde estás que no me oyes?.... ¿Dónde estás que no te veo?....

No ve la virtud, porque no sabe mirar, pues en todas partes se la puede ver. Todos los seres, del mismo modo que publican la gloria de Dios, cantan las grandezas y excelencias de la virtud. Si levantamos nuestro pensamiento al cielo, descubrimos al punto la virtud, es su patria; si fijamos nuestra mirada en la tierra, en todas partes y en todos los seres (excepción hecha del hombre) fácilmente la encontramos. En todos los seres, sí, porque ¿qué es la virtud? ¿A qué tiende? ¿Cuál es el objeto y fin de la virtud, sino el cumplimiento de la ley divina; más aún, la misma ley de Dios puesta en acción? Ciertamente que en sentido estricto, el sujeto propiamente dicho de la virtud es la criatura racional, de tal modo que la virtud y la razón son hermanas, van siempre juntas, pues la razón es la regla de la virtud, como dice Aristóteles; pero en sentido lato podemos también considerar á los seres que carecen de razón como sujetos de la virtud, por estar sometidos á la ley que el Criador les impuso. Ahora bien; ¿cumplen esa ley? Sí, la cumplen y con la mayor perfección; mejor, mucho mejor que el hombre; por eso el hombre puede y debe aprender de los demás seres la virtud que tanto necesita, y en ellos de manera tan clara y expresiva resplandece.

Todos los seres cantan la excelencia de la virtud, todos publican su hermosura; en todos ellos, aun los más ínfimos de la creación, la podemos ver. Abramos, pues, nuestros ojos para verla; que verla es amarla, y amarla es vivir. Imitemos á Simón Saló, quien paseando por la campiña, á la vista de las plantas y las flores, se levantaba con la mente á la contemplación de la divina belleza, y tocando con su báculo las hierbas y flores: «Quietaos, les decía, quietaos; vosotras en quienes está simbolizada la virtud, me decís cuánta es su belleza y hermosura, imagen, aunque pálida, de la belleza y hermosura de Dios».



Diálogo.

—Agur, Pascual, ¿de dónde vienes?

—Del *metin*.

—¿El *metin*? Y eso ¿con qué se come?

—¡Anda la osa! Eso es una riunión de los más leíos del pueblo ande se descute to lo discutible.

—Pus oye: hay cosas que no armiten discusión.

—Eso era antiguamente, cuando mos gobernaban los tecratas. Hoy habemos alantao mucho y to es verdá y to es mentira.

—¡Qué ganso! Hoy como ayer y antaño como ogaño, tres y dos son cinco en toa tierra de garbanzos.

—Pus mira; si un tío de esos que tanto hablan se empeña en que tres y dos son catorce, catorce son y tres más, aunque to er mundo se junda.

—¿Y qué más has aprendió?

—Que tos semos libres.

—Libres, ¿pa qué?

—Pa jacer lo que mos dé la gana.

—To eso es firfa, Pascual. Ayer, porque me dió la gana, le arrié un par de gofetás al hijo del alcarde y me tuvieron en la cárcel diez horas sin comer. Gracias que me escapé; pero te advierto que si me echan el guante me encierran otra vez. ¡Conque mia tú si semos libres!

—¡Hombre, es que eso de fartar al hijo del alcarde! ¡Un chico tan guapo!

—Más guapa fué la chuleta y no me sirvió.

—Y además mos han dicho que dentro de poco tos vamos á ser ricos; y que en el entretanto el que tenga muchas tierras y muchas casas, que las reparta con los que no tenemos na.

—Entonces tú me darás tu capa, porque yo no tengo.

—¡La orden! La capa esta me la compró mi madre cuando me casé.

—¡Avejaruco! Y los que tienen casas ¿las han robao? Y si las han robao, ¿te las han robao á ti? Y si te las han robao á ti, ¿no hay trebunales en el mundo?

—Lo que yo digo es que no está bien que unos gocen tanto y otros estemos aperreaos to el día, hartos de frío y hambrientos

de pan. ¿Y esos coches que gastan algunos, y esas destufas tan calientes, y esos abrigos tan güenos y relojes que dan la hora? No, lo que es yo veo mu bien eso de que mos igualemos.

—¡Gaznápiro! Y esos tíos que así hablan, ¿no sabes tú que viajan en primera y comen bien, y que si lo que gastan en puros lo dieran á los probes habría menos hambre?

—¡Hombre, de to habrá! Pero la culpa ia tienen los retrográdos, y después de to, lo que importa es el jaleo, que á río regüelto, ganancia de pescaores.

—Pero después se serena el río, y á los que lo he nos enturbiao mos dan un puntapié y seguimos tan probes como siempre.

—Pus cuando los que tanto saben y tanto leen lo dicen, sus razones tendrán.

—Mia, Pascual, la mejor razón en este mundo es el turrón. Tú déjate de cuentos y trabaja, pus por esperencia sabes que el día que te falte el potaje no vienen esos tíos á dáte lo. ¿Tú sabes lo que quieren en defenitiva? Lo del andaluz. Te quitan el cigarro que tú tienes en la boca, se lo ponen en la suya, y te dicen:

«Yo fumo y tú escupes».

Conque mándalos á paseo y mejor sea el año.



Liturgia.

(Continuación).

DIVISIÓN DEL AÑO ECLESIAÍSTICO Ó LITÚRGICO Nada más natural que la Iglesia, al instituir este año cspiritual, siguiera, como efectivamente lo hizo, el orden de los hechos que trataba de recordarnos. Teniendo esto en cuenta, ha dividido el año litúrgico en cinco períodos, de los que el 1.º abarca el tiempo de Adviento, que es una como preparación al nacimiento del Salvador, recordándonos que su advenimiento ha sido precedido de una época de expectación que la humanidad entera anhelaba ver realizada; el 2.º comprende el tiempo de Navidad y Epifanía, en el que se nos muestra la infancia de Jesús y los principales misterios de que ha sido objeto; abraza el 3.º el tiempo de Septuagésima, que pone á nuestra consideración la predicación y milagros de nuestro Señor Jesucristo, y el de Cuaresma, que nos trasporta con la mente á presenciar la pasión y muerte del Salvador; el 4.º se extiende al tiempo, que media desde la Dominica de Resurrección hasta

el Sábado después de Pentecostés, y su fin principal es celebrar tan sublime misterio, fundamento de nuestra fe, á la vez que la gloriosa Ascensión del Señor á los cielos y venida del Espíritu Santo. Aquí termina, dice Gueranguer, el ciclo movable de la santa Liturgia; y la serie sucesiva de los misterios se ha desarrollado por completo. La Iglesia queda establecida, y no es otro nuestro deber que ir recogiendo su enseñanza inmutable, luz que ha de conducirnos á Dios hasta el fin de los tiempos; y esto es precisamente lo que nos muestra el quinto período en que se divide el año litúrgico, que corre desde la fiesta de la Santísima Trinidad ó primer domingo después de Pentecostés hasta el último, en que se nos pinta el imponente cuadro del juicio final. Esta escena es la que termina el año eclesiástico ó litúrgico, así como ha de cerrar también el fin de los tiempos. El ciclo á que se refiere este período es inmóvil como el estado y dogma que representa, aunque está enriquecido de sublimes episodios que le dan un realce y brillo sorprendentes, cuales son las festividades del Santísimo Corpus Christi, de Todos los Santos, Dedicación de la Iglesia, diversas advocaciones de la Santísima Virgen y fiestas de los Apóstoles.

UTILIDAD DEL AÑO LITÚRGICO.—Descritos los distintos períodos en que, como hemos visto, divide nuestra solícita y cariñosa Madre la Iglesia católica el año eclesiástico ó litúrgico, únicamente resta considerar las grandes enseñanzas que contiene y el mucho provecho que su detenida meditación reporta á nuestras almas. Múltiples son las analogías entre los diversos tiempos del año cristiano y las estaciones del año solar ó común: pues así como durante el trascurso del año civil ú ordinario contemplamos las diversas variaciones que sufre la naturaleza, según nos encontramos en primavera, en verano, en otoño ó en invierno, y ora contemplamos la tierra cubierta de verdura y esmaltada de flores, que han de convertirse bien pronto en cuantiosos frutos, esperanza del trabajador; ora recogemos éstos que tantos trabajos y sudores han proporcionado al humilde campesino: así también en el año litúrgico ó cristiano preséntasenos á Jesús, según el período que de dicho año recorreremos, en diferentes estaciones ó diversos modos, pero ofreciéndonos en todos y cada uno de ellos infinitos consuelos é inapreciables gracias. Representa la Iglesia el invierno, que significa el desvío del hombre de su verdadero Dios y caída en el politeísmo, por el tiempo comprendido desde la Septuagésima hasta Pascua, en el que se nos recuerda la caída y castigo de nuestros primeros padres, y por cuya razón, durante él se suprimen los cánticos de alegría y no se entona el «Gloria á Dios en las alturas», cántico de paz con que los ángeles celebraron la aparición de la Verdad y Justicia sobre la tierra. Muéstranos el tiempo de primavera ó renovación desde el Adviento á Navidad, acontecimiento que cambió por completo la

faz de la tierra. En este período canta la Iglesia el Alleluya y Gloria al Padre, dándonos á entender con ello que los Santos Patriarcas gozaron ya de alguna luz, aunque entenebrecida en comparación con la de épocas posteriores. Refiérese este tiempo á aquel en que la ley dada por Dios á Moisés fué promulgada, y como una vez conocido el Decálogo por el hombre, el pecado no reina ya sobre la tierra á causa de la ignorancia, sino por nuestra debilidad y flaqueza, canta la Iglesia el Alleluya, pero omite también el «Gloria á Dios en las alturas», porque es señal de paz y de justicia, virtudes que la ley de Moisés no pudo procurar al mundo. Desde la octava de Pascua hasta la de Pentecostés hállase representada en la Iglesia la estación de verano en el año litúrgico; época resplandeciente de luz en que la humanidad reconciliada con el Cordero inmaculado, Cristo Jesús, dirige al cielo cánticos, todos de alegría; repite á cada paso la palabra «Alleluya», expresando el gozo que experimenta al considerar en su futura Resurrección, y entona el «Gloria á Dios en las alturas», porque, perfeccionadas la justicia y caridad con la resurrección, se gozará de una paz inalterable.

Por último, el otoño, en el año eclesiástico, comprende desde la Octava de Pentecostés hasta el Adviento, porque una vez reconciliados con Dios, nuestra condición sobre la tierra es semejante á la de un viajero ó peregrino.—Entona en este tiempo la Iglesia cánticos de alegría, para demostrar su gozo y reconocimiento por la revelación de los divinos misterios; suprime, sin embargo, alguno de estos cánticos y no multiplica los Alleluya, como en el tiempo precedente, dando á entender con ello nuestro alejamiento del bien por nuestra negligencia y malicia; usa el Alleluya con la esperanza de nuestra resurrección, y el Gloria á Dios en las alturas» por el estado de justicia en que hemos sido de nuevo colocados por el sacrificio de un Dios humanado, Nuestro Señor Jesucristo (1).

Igualmente el contraste que entre sí ofrecen las diferentes estaciones del año solar, hace que apreciemos mejor las ventajas é inconvenientes de cada una de ellas: lo mismo sucede con la diversidad de tiempos en el año litúrgico, pues impresionado más vivamente nuestro corazón, grábase en él profundamente el recuerdo de los sagrados misterios llevados á cabo por nuestro divino Salvador. ¿Sería tan alegre y hermosa la primavera, si no fuera precedida de los rigores del invierno? ¿Le sería tan agradable al pobre trabajador el forzado descanso del invierno, si no fuese por el deseo natural que de él tiene, después de las fatigas del verano? De igual manera los ardientes deseos que por la venida del Mesías tiene la Iglesia durante el Adviento, contribuyen á

(1) Durand-Rationale divinorum officiorum, lib. 6, cap. 1.

hacernos más sensibles el gozo y alegría, que en nuestros corazones produce el día de Navidad; emoción profundísima se experimenta cuando tras el alegre y bullicioso tiempo de Navidad comienza el triste y sombrío de Septuagésima, tristeza y gravedad que tan admirablemente nos van preparando al de la penitencia y luto de la Cuaresma y Pasión.—Este luto de la Pasión hace que resalte más el alegre triunfo de la Resurrección y el alegre alborozo de este tiempo halla digno remate con las solemnes festividades de la Ascensión y Pentecostés.

De lo que se deduce cuán digna de aplauso y admiración es la idea feliz del año eclesiástico, y su bien entendida división.—Por consiguiente debemos esforzarnos en que dicho año nos sea provechoso, y en que no dejemos pasar ninguno de sus períodos sin recoger el fruto y la riqueza de virtudes que en sí encierra.

Noticias generales.

A *El Profesorado Conquense* damos las más expresivas gracias por las líneas que nos dedica y la buena opinión que ha formado de nuestro humilde trabajo.

*** Copiamos del semanario católico *El Amigo del Pueblo*, de Alcalá de Henares:

«Hallazgo.—Nuestro querido amigo el Presbítero D. Maximino Pérez y Gil se encontró el domingo último, en el paseo de la Estación, una cartera, conteniendo una cédula personal y un fajo de billetes.

Al poco rato vió que volvían hacia la estación, á toda prisa y con grandes señales de contrariedad, dos caballeros.

Preguntóles nuestro amigo si algo desagradable les ocurría, respondiendo ellos:

—Vamos corriendo á la estación, porque se nos ha extraviado una cartera con una crecida suma de dinero.

—Pues yo he encontrado una cartera. ¿Me hacen el favor de decirme lo que contiene dentro?

—Pues diez mil pesetas y una cédula personal de D. N. N.

Contó el sacerdote el dinero, y encontrando que eran efectivamente diez mil pesetas las que había dentro de la cartera, mas la cédula personal con el nombre indicado, entregó inmediatamente todo á su dueño.

Más de cuatro dirán, al leer el anterior relato: ¡pero qué tonto!, pudiéndoselo haber guardado.

¡Qué se va á hacer! Los clericales somos así; tontos de capirote. Los listos pertenecen á otra cofradía».

*** Para celebrar el Jubileo sacerdotal de S. S. Pío X, la Junta internacional creada á este efecto, presidida por el Conde Acquaderni, ha acordado celebrar una Misa todos los primeros viernes de cada mes, con exposición de S. D. M., en la iglesia de los RR. PP. Jesuítas de Boloria, aplicando estos cultos para implorar las bendiciones del cielo á favor de los que contribuyan con su óbolo á este Jubileo.

*** *El catolicismo y la raza anglo-sajona.*—Mientras el error liberal va arrojando poco á poco al catolicismo de las razas latinas, éste adquiere en la anglo-sajona cada vez triunfos y progresos mayores.

En los Estados Unidos va creciendo de tal modo la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que de 12 millones de católicos que hay en aquella república, las dos terceras partes pertenecen á la Pia institución; y de las 13.000 iglesias que allí hay, 9.431 están canónicamente agregadas al Apostolado. *El Mensajero* del Sagrado Corazón tiene en la república una tirada de 25.000 ejemplares.

En el Gobierno de la gran república son católicos el Ministro de Marina y el actual de Correos y Telégrafos, Sr. Wine.



Santoral.

Día 4, Domingo. Stos. Andrés y Gilberto.

Día 5, lunes. Sta. Agueda, virgen y mártir.

Día 6, martes. Stos. Tito y Dorothea.

Día 7, miércoles. Stos. Romualdo, ab., y Ricardo.

Día 8, jueves. S. Juan de Mata, fundador.

Día 9, viernes. Stos. Sabino y Polonia.

Día 10, sábado. Stos. Guillermo y Escolástica.